

HOMILIA PRESBITERAL DE LOS DIACONOS JULIAN MUÑOZ Y MIGUEL OVIEDO

Catedral Nuestra Señora del Rosario

Paraná, 1 de diciembre de 2012

Año de la Fe

Queridos hermanos sacerdotes, queridos consagrados, queridos seminaristas, queridos hermanos todos en la fe:

Dios, con palabras del profeta Jeremías, nos dice: "Os daré Pastores, según mi corazón". Con estas palabras, Él promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores que lo congreguen y guíen.

El Pueblo fiel experimenta siempre el cumplimiento de este anuncio profético. Y en esta mañana, la Iglesia que peregrina en Paraná, es testigo gozosa, una vez más, de la fidelidad de Nuestro Buen Dios, con la ordenación de dos nuevos sacerdotes. Damos gracias al Señor porque una vez más ha cumplido Su Promesa. "Me ha enviado para dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la liberación a los cautivos..." (Isaías)

Con inmensa alegría estamos celebrando la Santa Misa en que estos hermanos nuestros, dentro de unos momentos, por la imposición de manos del Obispo y la oración consagratória, han de recibir el sacramento del Orden que los configurara con Cristo Cabeza, Pastor, Siervo y Esposo de la Iglesia.

La vocación sacerdotal es un misterio de elección divina: "No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido a ustedes, y los he destinado para que vayan y den fruto, y que ese fruto permanezca" (Jn 15, 1); "antes que salieras del vientre; Yo te había consagrado, te había

constituido profeta para las naciones” (Jr. 1,5)... Estas palabras de la Sagrada Escritura estremecen profundamente el corazón de todo sacerdote, seguramente en esta mañana las de Julián y Miguel.

Ellos también habrán puesto sus objeciones, su juventud, sus debilidades, pero el Señor les responde llenándolos de paz: “Tu irás adonde Yo te envíe y dirás todo lo que Yo te ordene. No temas delante de ellos, porque Yo estoy contigo para librarte” (Jr.1) “Yo pongo mis palabras en tu boca” (Jr.1,9)

Estas ordenaciones suceden providencialmente en el Año de la Fe convocado por Nuestro querido Santo Padre Benedicto XVI, y que está llamado a *“ser un momento de gracia y de compromiso para una conversión a Dios cada vez más plena, para reforzar nuestra fe en Él y para anunciarlo con alegría al hombre de nuestro tiempo”*.

La FE en Jesucristo es el bien más precioso de la Iglesia. Ella misma existe por la fe y para transmitirla. Existe para evangelizar, anunciando a Jesucristo como Señor y Salvador, Amigo y Redentor de los hombres

Que Gracia tan particular nos regala Dios en este año, porque el Sacerdote tiene como gran misión anunciar la Fe, proclamarla de palabra y con su Vida porque él mismo, es un misterio de Fe. Debe presentarse, ante todo, como un «hombre de fe» porque él, en virtud de su misión, debe comunicarla a través del anuncio de la Palabra. No podrá predicar el Evangelio de forma convincente si él mismo no ha asimilado profundamente su mensaje. No se comprende la vida del cristiano sin la fe, se diluye, se convierte en sal insípida, en un cirio apagado, pero ciertamente que un sacerdote que no vida de fe es casi algo grotesco.

Vivimos tiempos difíciles, el secularismo sigue envolviendo la vida del hombre, prescindimos de Él en la construcción de la vida personal y social, cualquiera se atreve a desafiar a Dios y a su Iglesia, la advertencia de Benedicto sobre la dictadura del relativismo, hoy se hace más patente, **sin embargo**, sigue siendo válido que la única respuesta verdadera y sobre todo eficaz para las soluciones de los grandes conflictos de nuestro mundo : **es Jesucristo**, el único que salva, que es "aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo" no para condenarlo, sino para que el mundo viva y encuentre su salvación.

Y si creemos esto, quedamos admirados frente a la grandeza de lo que pasa hoy. Porque el sacerdote se ubica en la misma consagración y misión de Cristo " *Como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes*". " *Como el Padre me ama, Yo también los he amado*". **SÓLO** así se comprende **lo radical del llamado y lo irreversible de la respuesta que van a dar Miguel y Julián**. Cristo tiene derecho a elegirlos y enviarlos, de una manera original y única. Cuando se lo piensa en la fe, se comprende algo de lo misterioso y maravilloso que estamos viviendo... nos ayuda a penetrar un poco más en el misterio. El Santo Cura de Ars dice: "si comprendiéramos el misterio del sacerdocio, moriríamos, pero no de temor sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros".

El sacerdocio es un **don**, es una elección, es una gracia inmerecida, porque no está basada en nuestros propios méritos o capacidades, sino en el puro amor de predilección de Dios, que elige a los débiles para confundir a los fuertes.

Qué significa ser sacerdote? Según San Pablo significa, ante todo, ser administrador: "servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. (2 Cor. 4, 1-2). Nadie puede considerarse "propietario" de estos bienes. Todos somos sus destinatarios. El sacerdote, sin embargo, tiene la tarea de administrarlos en virtud de lo que Cristo ha establecido" y por eso debe vivir en una permanente preocupación para ser fiel en lo que transmite, en lo que administra, dado que nada es suyo, todo es de Dios

La vocación sacerdotal es un misterio. Es el misterio de un "maravilloso intercambio" entre Dios y el hombre. Este ofrece a Cristo su humanidad para que El pueda servirse de ella como instrumento de salvación, casi haciendo de este hombre otro sí mismo. (Tomad y comed este es mi cuerpo...yo te absuelvo). Si no se percibe el misterio de este "intercambio" no se logra entender cómo puede suceder que un hombre joven, escuchando la palabra " ¡sígueme!", llegue a renunciar a todo por Cristo, en la certeza de que por este camino su personalidad humana se realizará plenamente.

Nuestro querido y recordado Beato Juan Pablo II se preguntaba. “¿Hay en el mundo una realización más grande de nuestra humanidad que poder representar cada día in persona Christi el Sacrificio redentor, el mismo que Cristo llevó a cabo en la Cruz? En este Sacrificio, por una parte, está presente del modo más profundo el mismo Misterio trinitario, y por otra está como "recapitulado" todo el universo creado.

El Espíritu Santo se sirve de nuestro espíritu, de nuestra boca, de nuestras manos. Es nuestro deber proclamar incesantemente la Palabra para evangelizar; traducirla de tal modo que toque los corazones, pero sin alterarla ni rebajarla, sin acomodarla a nuestros criterios; y repetir el gesto de ofrecimiento de Jesús en la última cena, sus gestos de perdón a los pecadores.

Por cierto, Julián y Miguel serán tomados de entre los hombres y permanecerán cercanos a ellos, “cristianos en medio de ellos”, decía San Agustín. Pero totalmente consagrados a la obra de la salvación.

Serán instrumentos, pobres y humildes, que no deben atribuirse el mérito de la gracia transmitida; sólo instrumentos responsables porque como dice San Pablo “no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y nosotros no somos más que servidores de ustedes por amor a Jesús” (2 Cor.4)

Queridos Julián y Miguel: ¡Qué maravilla es ejercer, como sacerdotes, nuestra triple misión indispensable e insustituible para la Iglesia:

- 1) la de anunciadores de la buena nueva: hacer conocer a Jesucristo; poner a nuestros hermanos en relación personal –viva-con Él; velar por la autenticidad y la fidelidad de la fe, para que no decaiga, para que no sea alterada ni esclerotizada; y también mantener en la Iglesia el impulso misionero, formando comunidades santas y evangelizadoras.
- 2) la de dispensadores de los misterios de Dios: ser canales transparentes, frescos de la gracia de Cristo, hacerlo presentes de modo sublime en el misterio pascual a través de la Eucaristía, y en su gesto misericordioso del perdón.
- 3) la de pastor; construir y mantener la comunión entre los cristianos, en la comunidad que se les confiará, junto a las otras, todas en unión con el obispo y el sucesor de Pedro. Recuerden siempre que

el sacerdote es el ministro de la comunión. En ese pastoreo tendrán que presidir la caridad de la comunidad especialmente entre los que más sufren.

Estoy convencido de que los hombres de hoy también necesitan la paz del corazón y la misericordia de Dios, por eso, el sacerdote realiza una parte esencial de su misión en el confesionario. Por favor, movidos por la más auténtica caridad pastoral y corazón misericordioso háganse prisioneros del confesionario.

En el Evangelio de hoy escuchábamos al Maestro que nos exhortaba a hacernos servidores, esclavos como el Hijo del Hombre, que no vino a ser servido sino a servir. De estas palabras del Señor han querido tomar el lema de la ordenación: Servir y dar la vida

Pero sólo podrán servir eficazmente al hombre si se siente "encadenado a Cristo por el Espíritu. Somos humildes servidores de los hombres; pero nuestra capacidad de servicio la engendra en nosotros la absoluta y gozosa inmolación a Cristo.

El servicio cotidiano no es fácil. Importa una permanente disponibilidad para contemplar, convertirnos y morir. Servir a los hombres es entenderlos, asumirlos, salvarlos... Multiplicarles el pan eucarístico, abrirles los misterios del Reino, comunicarles el don del Espíritu. (siervo de Dios Cardenal Pironio).

Como decía la madre Teresa de Calcuta "Tengan la libertad de amar y de ser todo para los hombres. Por eso necesitan ser libres, pobres y llevar una vida simple... Como sacerdotes tienen que ser capaces de alegrarse de esta libertad, de no poseer, de no tener a nadie; sólo entonces podrán amar a Cristo con amor indiviso en la castidad y entregarse sin reservas a sus hermanos.

Llega el momento de ir Mar adentro, ya no se detengan, tomen coraje y salgan a las calles a anunciar a Jesucristo, a perdonar a celebrar el nombre del redentor. Pero primero, y al volver, supliquen como el publicano: ten piedad de nosotros.

Al consagrar por primera vez díganle al Maestro: Aquí están mis manos, aquí están mis pies, aquí está mi lengua, acá está mi cuerpo, son tuyos Señor, para tu Reino, para que sigas ofreciéndote para la gloria del Padre y la salvación de los hombres.

Queridos hijos, todos estamos llamados a ser santo, Vocación universal a la santidad como nos enseña el Concilio, pero sin sacerdotes santos, difícilmente estaremos señalando este camino para nuestro pueblo que tanto lo necesita en este momento.

Ante momentos de dificultades, también dentro de nuestra Arquidiócesis, la solución es la santidad. El Señor sana a Su Iglesia con los santos

Termino aconsejándoles, parafraseando a Benedicto XVI:

Que la Eucaristía llegue a ser para ustedes una escuela de vida, en la que aprendan a entregarla. La vida no se da sólo en el momento de la muerte, y no solamente en el modo del martirio. Deben darla día a día. Deben aprender día a día que no poseen sus vidas para ustedes mismos. Día a día deben aprender a desprenderse de ustedes mismos, a estar a disposición del Señor para lo que los necesite, en cada momento, aunque otras cosas parezcan más bellas y más importantes. Dar la vida, no tomarla. Precisamente así experimentamos la libertad. Sólo quien da su vida la encuentra.

Marianicen sus sacerdocios, no sólo porque los pongan en sus manos, sino porque de alguna manera les den a la Virgen una potestad sobre todo lo de ustedes, su vida y su misión. Que Ella sea apoyo eficaz en el camino de la santificación, fortaleza constante en las pruebas y energía poderosa en el apostolado.

“Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. *Lc* 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él ... (cf. *Mt* 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. *Jn* 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. *Lc* 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14; 2, 1-4)” (PF n “Que la Bienaventurada por haber creído ” (*Lc* 1,45) sea siempre para ustedes la madre y maestra para que vivan siempre por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

Y por último: amen a la Iglesia, la Esposa santa de Cristo, por quien entregó su vida para santificarla. No la Iglesia ideal, no es la que nosotros soñamos, sino la real, la concreta, con sus manchas, con sus límites pero llamada a ser Santa porque esa es la Voluntad del Padre. No sean de crítica fácil, no pierdan la visión de fe, sigue hoy siendo fecunda en santidad, a pesar de nosotros. Comprométanse con su renovación, como Francisco de Asís, con su vida humilde, silenciosa y entregada. Háganla bella por la belleza de sus vidas santas.

Que Dios los bendiga a ustedes y a sus familias, a los sacerdotes que los han acompañados, a los Formadores del Seminario, y especialmente a sus comunidades parroquiales.

Demos gracias y alabemos a Dios, continuemos esta celebración y pidamos con confianza y perseverancia el aumento de las vocaciones sacerdotales.

Que la Virgen del Rosario, Nuestra Patrona, derrame su manto protector sobre todos nosotros.